

AYUDA PARA EL SERMÓN

DOMINGO DE COMUNIÓN MUNDIAL



Esta ayuda es parte del material de apoyo para el pastor y el líder del Domingo de Comunión Mundial. El material puede adaptarse a su contexto y ser integrado a su servicio de adoración con otras partes de este recurso. **Se basa en el Salmo 137.**

Junto a los ríos de Babilonia se sentaron y lloraron. Colgaron sus arpas pues ya no tenían fuerza para cantar las canciones del Señor en tierra extraña. El Salmo 137 no empieza fácilmente. Empieza con dolor y rabia. Se trata de un pueblo desplazado y dolido. No obstante, en este Domingo de Comunión Mundial, venimos a la mesa trayendo nuestras propias canciones y silencios, nuestros anhelos de hogar, plenitud y sanidad. La pregunta no es sólo cómo cantar, sino qué significa cantar cuando el corazón está dolido, nuestra identidad cuestionada y nuestra comunidad se siente fracturada.

El Salmo 137 no es una metáfora abstracta. Alude a la experiencia humana de dislocación emocional, espiritual y política. Hoy en día, muchos inmigrantes, exiliados y refugiados, están desplazados y desilusionados, sentados todavía junto a los ríos con sus arpas colgadas. Y, sin embargo, en este día, a través de las naciones y las zonas horarias alzamos la copa y partimos el pan. Proclamamos que hay una mesa lo suficientemente amplia para cada dolor, cada acento, cada historia. No nos olvidamos de la ciudad de Dios porque la mesa nos recuerda dónde pertenecemos y con quién.

En Los Ángeles (CA), el Nayarit era un restaurante que se convirtió en algo más que un negocio. Llegó a ser un santuario para quienes estaban lejos de su hogar. Un lugar donde la

comida sabía a recuerdos, y los desconocidos alrededor de la mesa se convertían en familia. Impacta oír el relato de la historiadora Natalia Molina sobre el legado de su abuela. El Nayarit no solo alimentaba a la gente, sino que les daba dignidad, una historia y un lugar donde ser vistos. ¿Acaso no es, a su manera, lo que significa la Santa Cena? Se trata de una comida que no es tan sólo pan y vino, sino recuerdo, conexión y la bienvenida radical de Dios.

No obstante, la bienvenida que se nos da viene con un llamado. En el Evangelio de Lucas, los discípulos piden, “aumenta nuestra fe”. Están desesperados, inseguros y abrumados. Jesús no les responde con un discurso motivacional, sino con la imagen de la semilla de mostaza. Una semilla pequeña e insignificante, pero que es capaz de arrancar árboles y transformar paisajes. La fe, aunque sea minúscula, es más poderosa de lo que podamos imaginar. Quizá más que nada, lo que Jesús ofrece a continuación es el recordatorio de una postura: la postura de siervo que no busca gloria, sino que se hace presente para hacer lo que se necesita. El siervo no regresa del campo para reposar. El siervo pone la mesa y sigue presente.

¿Qué si este es el verdadero llamado de la iglesia en este momento? Ser aquellos que ponen la mesa. Que hacen espacio. Que se niegan a permitir que nadie sea olvidado, abandonado o marginado. No lo hacemos porque queramos ganar algo, sino porque simplemente es nuestro deber. No construimos una iglesia que existe para ser servida, sino una que existe para servir.

Rowan Williams escribe que la Eucaristía es un lugar al que venimos no porque seamos buenos siendo fieles, sino precisamente porque no lo somos. No acudimos porque lo tenemos todo muy claro, sino porque todavía hay muchas maneras en que estamos perdidos. No obstante, Jesús nos invita, semana tras semana, a sentarnos, comer y recordar. Ser conocidos y transformados.

AYUDA PARA EL SERMÓN

DOMINGO DE COMUNIÓN MUNDIAL



La Comunión es más que un ritual. Es más que nostalgia. Es una declaración profética que en un mundo de murallas, todavía hay un lugar donde la mesa se extiende más de lo que podamos imaginar. Es una declaración de que en una cultura egoísta, todavía hay un lugar de reunión basado en la mutualidad, la gracia y un Salvador que alimenta a todos sin poner condiciones.

En su obra teológica sobre la comida y la creación, Norman Wirzba nos recuerda que comer nunca es tan sólo comer. Es algo relacional y espiritual. Y cuando comemos el pan y bebemos la copa, practicamos una manera diferentes de estar en el mundo. Una en la que se saborea la gracia y lo ordinario es transformado.

El himno “For the Beauty of the Earth” no solo habla de la naturaleza, sino que es una canción de agradecimiento. Se trata de ver lo sagrado en las cosas cotidianas, de exaltar alabanzas de la tierra, la mesa y la gente a nuestro alrededor. En el Domingo de Comunión Mundial, la belleza de la tierra se encuentra con la belleza de una iglesia universal, extendida ampliamente y cantando una canción en diferentes tonos.

De modo que, ¿qué podría ofrecerte este momento como predicador? Podrías explorar la tensión entre el lamento y la alabanza. La profunda conexión entre el comer y la equidad. La idea de dar la bienvenida, no como una forma de ser amable, sino como rebeldía divina. La semilla de mostaza de la fe que convierte a extraños en familia. La mesa como aquel lugar donde no venimos a ser afirmados en nuestro privilegio, sino para ser desmantelados y rehechos por la gracia.

Este no es un domingo para sentimentalismos. Es un domingo para mencionar las fracturas y todavía declarar fiesta. Decir la verdad acerca de nuestro exilio y todavía distribuir pan. Recordar que cuando nos encontremos en Babilonia o Jerusalén, en el campo o en el santuario, Cristo ha preparado un camino para volver a casa.

Vengan a la mesa. Sentémonos con los textos. Sentémonos con el mundo. Sentémonos con las tensiones. Después pongámonos de pie y ayudemos a poner la mesa otra vez. Alguien espera para ser recibido.

En la Iglesia Metodista Unida, la ofrenda es más que un acto financiero — es una expresión audaz de fe. Impulsa el ministerio más allá de las fronteras, los idiomas y las culturas, para convertirse en un testimonio del amor expansivo de Dios. **Juntos, ofrendamos no sólo para sostener lo que ya tenemos, sino para hacer espacio para lo que puede ser — extender la mesa de Cristo para que todos encuentren un lugar y un propósito.**

Autor: Rev. Nathan Arledge, pastor titular de la Iglesia Metodista Harrison, Pineville, Carolina del Norte.